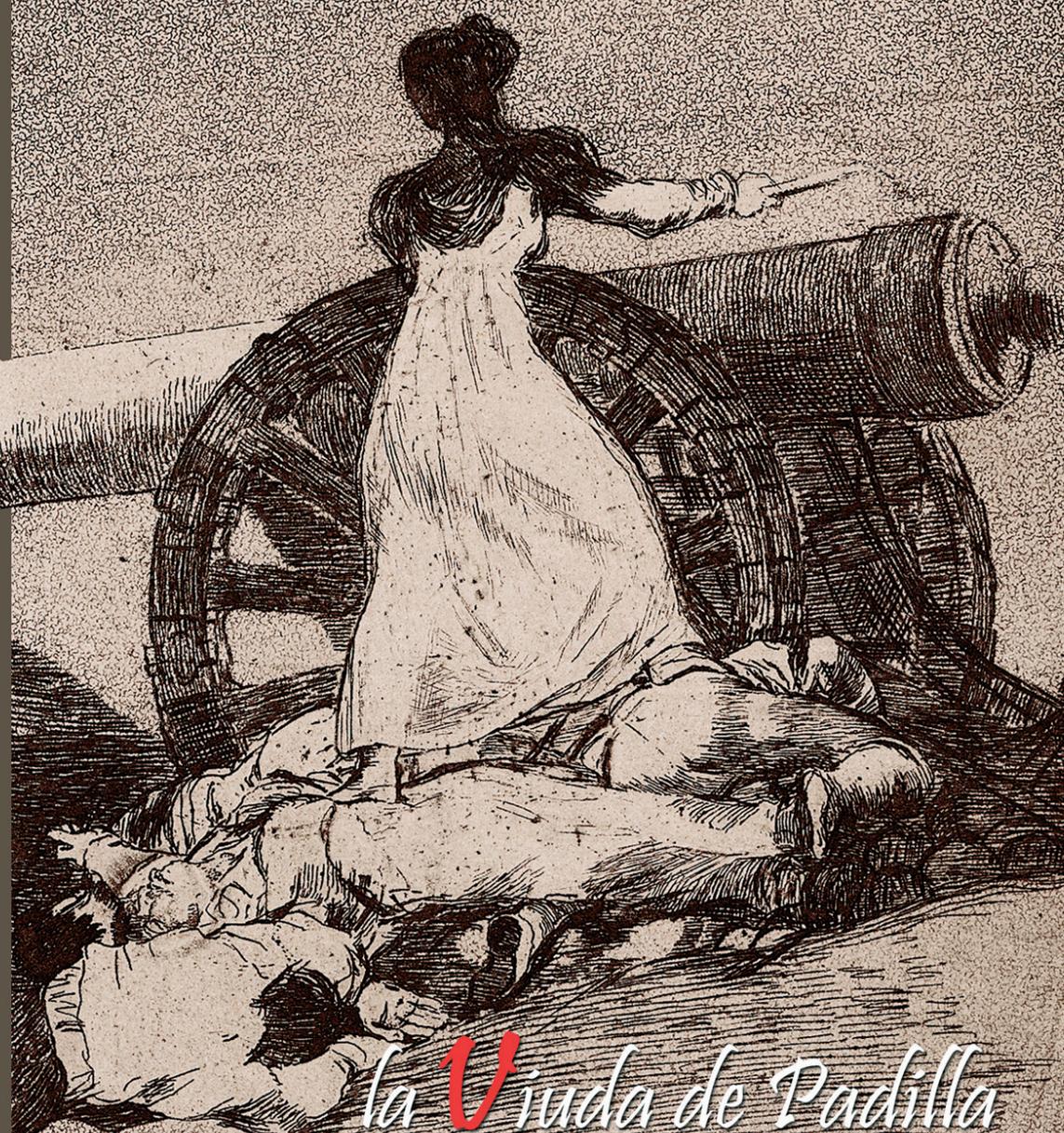


FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA



la **V**uuda de Padilla



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE





BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA  
*la Viuda de Padilla*



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

## [el autor]

Francisco de Paula Martínez de la Rosa Berdejo Gómez y Arroyo nació en Granada en 1787. A los doce años ingresó en la Universidad de Granada y se graduó en Jurisprudencia y, con tan solo 21 años, ocupó la cátedra de Filosofía Moral en esa misma institución. Fue diputado de las cortes de Cádiz y a la vuelta de Fernando VII, tras la abolición de la Constitución de 1812, fue encarcelado y condenado a ocho años de presidio en el peñón de Gomera. Poco después, durante los años absolutistas de la Década Ominosa, se exilia en París, donde estrenó *Abén Humeya* (1830), drama histórico en prosa escrito originariamente en francés.

Tras su regreso a España, en 1831, fue nombrado primer ministro (1834), pero su política de conciliación fue atacada por liberales y absolutistas y tuvo que dimitir (1835). Residió de nuevo en París durante la regencia de Espartero. Posteriormente sería embajador en París y en Roma, presidente del Congreso (1851, 1857 y 1860) y del Consejo de Estado (1858).

Su brillante y agitada carrera política siempre irá paralela a su no menos intensa vida literaria. Considerado como uno de los padres del Romanticismo español, su dilatada obra literaria abarca desde el ensayo histórico político y la teoría literaria, hasta la novela histórica y la poesía lírica. Pero donde destaca es el teatro, donde consigue con *La conjuración de Venecia* (1834) la obra considerada como el primer drama romántico español. Ingresó en la Academia de la Historia el 26 mayo 1847 y falleció en Madrid en 1862.

En *La viuda de Padilla*, Martínez de la Rosa dramatiza sobre las bases de la rebelión de los comuneros de Castilla contra Carlos V (1520-1522), que el autor propone como portavoces de las libertades de los españoles frente al poder despótico representado por la monarquía. Tras la derrota, los cabecillas de la rebelión, Padilla, Bravo y Maldonado, son ejecutados y las ciudades sublevadas se rinden. Todas menos Toledo, que bajo el liderazgo de la viuda de Padilla, María Pacheco, continúa con la afrenta al rey.

La obra se presenta como un verdadero manifiesto liberal. María de Padilla, cercada en Toledo por el emperador, resiste dádivas y amenazas, rechaza mensajeros, lucha contra traidores, hasta que tiene que decidir entre la muerte o renunciar a la libertad, decisión que toma despreciando a un pueblo que no la sigue.

*La viuda de Padilla* es una tragedia prerromántica. Fue estrenada en Cádiz el 21 de octubre de 1812, pero no se publicaría por primera vez hasta 1814, en Madrid, precedida de un *Bosquejo de las Comunidades de Castilla*. Posteriormente vuelve a editarse en Valencia en 1820, con alteraciones importantes en el texto debido probablemente a la evolución del autor hacia posturas políticas mucho más moderadas.

[la obra]

*Colección Una Galería de Lecturas Pendientes*  
Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Educación, Cultura y Deporte  
© 2014 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Educación, Cultura y Deporte  
© de la edición anotada y posfacio: Alberto Romero Ferrer  
Maquetación y diseño: Carmen Piñar

Ilustración de cubierta: *¡Qué valor!* Francisco de Goya. 1863 (Museo del Prado, Madrid)

# índice

ACTO PRIMERO	9
ESCENA PRIMERA	11
ESCENA II	17
ESCENA III	31
ACTO SEGUNDO	35
ESCENA PRIMERA	37
ESCENA II	39
ESCENA III	43
ESCENA IV	53
ACTO TERCERO	55
ESCENA PRIMERA	57
ESCENA II	69
ACTO CUARTO	71
ESCENA PRIMERA	73
ESCENA II	83
ESCENA III	85
ESCENA IV	87
ACTO QUINTO	95
ESCENA PRIMERA	97
ESCENA II	101
<b>POSFACIO</b>	
FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA Y <i>LA VIUDA DE PADILLA</i>	115
ALBERTO ROMERO FERRER	



# ACTO PRIMERO



## ESCENA PRIMERA

VIUDA, MENDOZA

MENDOZA

Tened, señora, suspended los pasos;  
de infausta nueva triste mensajero...

VIUDA

¿Qué os detiene? Decid: ya no hay desgracias  
que abatir puedan mi constante pecho.

MENDOZA

Las hay, las hay cual nunca: al sol naciente,  
desde los muros hemos descubiert  
Las enemigas huestes, que se acercan

a la invicta ciudad; del largo asedio  
cansada su altivez, viendo con ira  
resistir sola la inmortal Toledo  
al soberbio monarca, cuando España  
se rinde humilde a su pesado cetro,  
al asalto se aprestan, anhelando  
dar con la ruina de tan noble pueblo  
fin a la gran contienda. El duro plazo  
llegó, no hay que dudar...

#### VIUDA

No el fuerte aliento  
nos falte, amigo, cuando más lo exigen  
la patria y el honor. Últimos restos  
del partido infeliz que defendiera  
la libertad del castellano pueblo,  
en el último trance, digna muestra  
de constancia y valor hacer debemos.  
Así lo pide la expirante patria;  
así los nobles héroes cayeron  
en Villalar; mi malogrado esposo  
así lo pide con terrible acento,  
desde el atroz cadalso.

#### MENDOZA

La esperanza  
de llegar a vencer alzó a los pueblos  
contra el yugo de Carlos, que insufrible  
hicieran codiciosos extranjeros;

la esperanza del triunfo en los combates  
animó a nuestros ínclitos guerreros;  
la grata persuasión de ser vengado  
mitigó de Padilla los tormentos;  
mas la esperanza se negó a nosotros...  
¿Pues qué nos queda ya?

#### VIUDA

Nos queda un pueblo  
resuelto a perecer.

#### MENDOZA

¡Cómo os engaña  
el corazón magnánimo! Toledo  
no es ya lo que antes era: harto gloriosa  
sostuvo de la guerra el grave peso;  
harto tiempo luchó; muertes, horrores,  
el hambre atroz que despobló su suelo,  
no abatieron su indómita constancia.  
Pero ya vana contra el hado adverso  
juzga su resistencia: al acercarse  
las enemigas tropas, no se oyeron  
hoy, como siempre, las sublimes voces  
de vencer o morir; triste silencio  
reinaba en los confusos ciudadanos,  
que mirábanse atónitos, temiendo  
descubrir el terror, y los sollozos  
procurando encerrar dentro del pecho.

Ya vacila, señora, la constancia  
de la heroica ciudad; temed, os ruego,  
la última prueba.

VIUDA

¡Yo temer!

MENDOZA

La ruina  
evitad de la patria: al hijo tierno  
de la muerte salvad; si en vuestras manos  
su suerte puso la infeliz Toledo,  
no la arrastréis al hondo precipicio.

VIUDA

Si vengarme juró, su juramento  
Cumpla constante.

MENDOZA

En vano lo intentara:  
abandonada, débil, sin aliento,  
fuerza es ya que se postre; España toda  
oprimida la ha visto en duro cerco  
sin alzarse en su ayuda; escarmentada  
tiembla Castilla; el valenciano inquieto  
ya lidia apenas; Aragón sumiso  
no ve su ruina, cuando ve los fueros  
de Castilla violados; todos ceden...

Cedamos ya, cedamos. —Los primeros  
el grito dimos de gloriosa guerra,  
cuando sordo el monarca a los lamentos  
de la mísera España, holló sus leyes,  
apoyando en la fuerza sus derechos;  
los únicos ya somos que lidiamos  
por defender la libertad: postreros  
seremos en ceder... ¿qué más exige  
de nosotros el santo juramento  
que en las aras hicimos de la patria?

#### VIUDA

¡Qué más exige! ¡Tú, que compañero  
fuiste del gran Padilla, lo preguntas  
a su esposa infeliz!... Si no vencemos  
debemos perecer.

#### MENDOZA

No me intimida  
la muerte, no; de un inocente pueblo  
la total destrucción, tantos millares  
de víctimas sin fruto, el crudo incendio  
de la gloriosa patria de Padilla,  
sí, me cubren de horror; yo os lo confieso.  
Por vos también, por vuestro tierno hijo,  
que cual padre eduqué, por tantos deudos  
y amigos tiemblo, sin que tenga a mengua  
su destino llorar.

## VIUDA

Sublime esfuerzo  
habernos menester, en vez de llanto.  
Si luce por desgracia el sol postrero  
de la española libertad, con gloria  
acabe, no vilmente; a duro precio  
compren el triunfo, y el monarca altivo  
reine sobre las ruinas de Toledo.

## MENDOZA

¿Y serán todos héroes?

## VIUDA

Bien conozco  
Cuánto puede el terror; los viles medios  
del oro y seducción que han prodigado  
los enemigos sé; y hasta recelo  
que el mismo Laso, por vengar su orgullo.  
Nos abandone... Pero allí le veo;  
quedaos vos con él: ante mí vista,  
quien me vengue o perezca sólo quiero.

## ESCENA II

MENDOZA, LASO

LASO

¿Por qué, decidme, esa mujer altiva  
huye de mí presencia con desprecio?...  
Harto tiempo sufrimos su insolencia,  
y ver sumiso a un valeroso pueblo,  
adorando cual leyes sus caprichos.  
No el amor de la patria ni el deseo  
de la española libertad la animan:  
vengarse anhela, y a su orgullo ciego  
lo sacrifica todo.

MENDOZA

Ese lenguaje  
jamás de ti escuché...

LASO

Llegó ya el tiempo  
de descubrirte el corazón: unidos  
desde la tierna infancia con estrechos  
vínculos de amistad, tu cierta ruina  
vengo a evitar, si escuchas mis consejos.

MENDOZA

No me importa la vida...

LASO

A mí me importa  
conservar un amigo. —El duro extremo  
llegó de decidirnos; ¡sólo un día  
nos queda, un día! y vuelan los momentos.  
Aun podemos librarnos; aun se puede  
librar la patria de su fin funesto.

MENDOZA

Si es con infamia, Laso, no prosigas.

LASO

Sólo es infame quien en grave riesgo  
deja a la patria, sí salvarla espera;

pero ya no es posible; en ira ardiendo,  
se acercan los contrarios orgullosos,  
el asalto anhelando y el saqueo...

MENDOZA

Lo sé.

LASO

Cuanto se aumenta su osadía,  
en nuestra gente crece el desaliento...

MENDOZA

Lo sé también.

LASO

¿Y quieres locamente  
buscar tu perdición?

MENDOZA

Abrazar debo  
la suerte de mi patria.

LASO

Si se arruma  
por una estéril gloria, no debemos  
acompañarla hasta el sepulcro. —Inútil  
es toda resistencia.

## MENDOZA

Nada temo,  
ni esperanza ninguna me sostiene:  
¡tanto es difícil contrastar mí pecho!  
Si me alcé contra Carlos, seducido  
no fui por la ambición de nombre eterno,  
por sed de mando o de venganza inútil;  
su triunfo vi desde el fatal momento  
en que rotas las huestes de los libres,  
en Villalar cobardemente huyeron.  
Allí miré vencida, encadenada  
la castellana libertad; y al tiempo  
que expiraba Padilla en el cadalso,  
la vi lanzar su postrimer aliento.  
murió de entonces, para mí; si inmóvil  
permaneció la célebre Toledo,  
al postrarse rendida España toda  
del monarca a los pies, con harto duelo  
contemplé de mí patria el heroísmo,  
su inevitable destrucción previendo.  
La preví; mas lidié, lidié valiente,  
padecí los rigores del asedio,  
no por la libertad ya sepultada,  
y sólo por mi honor. —En el estrecho  
ámbito de estos muros resistían  
mis amigos e ilustres compañeros,  
halagados de vanas ilusiones;  
y yo debí seguirlos, aunque cierto

de su engaño y su muerte, que era infamia  
abandonarlos en tan duro empeño.  
Al fin llegó, llegó el tremendo día  
de sepultarnos juntos; sí resueltos  
están a perecer bajo las rumas  
de la heroica ciudad, su arrojo ciego  
ni condeno ni alabo, mas le sigo;  
le seguiré hasta el fin.

#### LASO

Síguelo, y presto  
verás el fruto; síguelo, y tus lares  
verás arder; los sacrosantos templos  
por tierra derribados; los ancianos,  
y jóvenes, y niños, y guerreros  
perecer confundidos entre escombros...  
ni fuga ni piedad: el crudo hierro  
inmolará implacable a cuantos logren  
escapar de las llamas.

#### MENDOZA

¡Qué tormentos  
sufre mi corazón!

#### LASO

Por una vana  
sombra de honor, asesináis cruentos  
mil y mil inocentes; sus clamores

contra vosotros alzarán; el cielo  
a ti y los tuyos pedirá su sangre.

MENDOZA

¡No!... amigo, no: si del abismo horrendo,  
en que va a hundirse la infelice patria  
la pudiera apartar, dócil el cuello  
tender le aconsejara al grave yugo,  
antes que perecer: así sincero  
lo confesé a la mísera viuda  
del inmortal Padilla. —Mas dispuesto  
estoy a todo trance; mi destino  
para siempre enlacé con nudo estrecho  
al de la amada patria.

LASO

¿Y si se rinde!

MENDOZA

Entonces...

LASO

No: te engañas; ya no es tiempo  
entonces de humillarse; negra infamia,  
atroz suplicio, bárbaros tormentos  
te aguardan sólo.

MENDOZA

¡Oh Dios!

LASO

Víctima débil  
de la ajena ambición, caerás envuelto  
en la ruina común de los facciosos.

MENDOZA

Mostraré mi inocencia... justo el pueblo  
mi muerte estorbará...

LASO

¡Triste el que fía  
en el vano favor del vulgo inquieto!  
Los mismos que defiendes con tu sangre,  
cargado te verán de duros hierros  
sin levantar la voz; ellos, tranquilos,  
te verán arrastrar hasta el sangriento  
suplicio, y callarán. —¡Qué! ¿Te horrorizas?  
¿Lo dudas, y vacilas?... Mis postreros  
avisos oye, y tiembla al escucharlos.  
—¿Me juras por tu honor guardar secreto,  
de que penden mil vidas, y la tuya,  
y la salud o destrucción de un pueblo?

MENDOZA

Lo juro por mi honor.

LASO

(Mostrándole con misterio un pliego.)  
¿Lees ahí tu nombre?

MENDOZA

Sí.

LASO

Tu muerte has leído.

MENDOZA

¿Qué misterio  
es éste? ¡Tú traidor!

LASO

Cuando a salvarte  
solicito he venido, con denuestos  
no insultes mi amistad. —Sin resistencia  
Las puertas van abrirse de Toledo  
a las tropas del rey; muchos caudillos  
ofrécese a rendirse los primeros,  
seguros del perdón; y los soldados,  
el pueblo todo imitará su ejemplo.  
¡Ay dél si no le imita! ¡Si imprudente  
intenta resistirse! ¡Qué escarmiento  
se le prepara a España con su ruina!  
—Elige, pues: o ayudas mis intentos  
de calmar a la plebe bulliciosa,  
y te salvas, salvándola, o el cuello  
darás a la cuchilla en un cadalso.  
¡No hay perdón para ti! Sólo yo puedo  
el hacha suspender, ya levantada,  
ya pronta a descargar...

## MENDOZA

¡Tú intercediendo  
Por mí con esos bárbaros verdugos!  
¿Y eres tú Laso?

## LASO

Sí, soy quien primero  
osó desafiar el poderío  
del monarca ambicioso; quien los fueros  
reclamó de Castilla en su presencia,  
ufano de su cólera volviendo  
a levantar a España contra el yugo.  
El mismo soy, el mismo; a nadie cedo  
en amor a la patria, en sacrificios...  
Por ella tras la muerte en cien encuentros  
corrí; por ella refrené mi orgullo,  
sufrí su ingratitud; y al ser pospuesto  
a Padilla en el mando de las tropas,  
mi enojo sepulté dentro del pecho.  
Le odié, es verdad; pero su gloria y fama  
jamás oscurecí; su fin sangriento  
(lejos como a rival de serme grato)  
sentí cual castellano caballero.  
—Pero muerta la patria, y destruida  
la ansiada libertad, ¿no debí, cuerdo,  
procurar poner fin a inútil guerra?  
Mis servicios, mi honor, mi nacimiento,  
¿humillarme vilmente consentían,

de una débil mujer, al loco imperio?  
No. —Si sumiso me mostré, la patria  
agradecerme debe el fingimiento,  
para mí más costoso que la muerte:  
por salvarla fingí, sufrí desprecios,  
pacté con mis contrarios... ¿Qué más quiere  
de mí la patria? ¿Qué?... ¿Callas? ¿Suspense,  
me miras y sollozas? —Sí mañana  
no es toda ruinas la infeliz Toledo,  
a mí lo debe, a mí, que la clemencia  
del vencedor obtuve.

MENDOZA

¿Y pide, en premio  
de su clemencia bárbara, mi vida?

LASO

La pide, sí, la pide; el fatal pliego  
te lo anuncia terrible; los parciales  
de esa altiva mujer, para escarmiento,  
van todos a morir.

MENDOZA

¡Todos!

LASO

Tú sólo  
alcanzarás perdón.

MENDOZA

Muriendo ellos  
¿he de comprar mi vida con la infamia?

LASO

Sálvate, por piedad...

MENDOZA

A tan vil precio,  
Nunca, Laso, jamás.

LASO

¿Quieres tu ruina?  
¿Te obstinas en buscarla?

MENDOZA

Sí tu intento  
es impedirle, sálvalos a todos:  
ese es de conservarme el sólo medio.

LASO

A todos salvo, si mi intento ayudas...

MENDOZA

¿Cómo? Di pronto: manda, y te obedezco.

LASO

Aconseja a la esposa de Padilla  
que escuche la razón, y no al extremo

de arruinar la ciudad lleve su enojo;  
habla a los más osados comuneros,  
desarma su furor, insta, convence,  
ofréceles clemencia, si al inquieto  
pueblo apaciguan; con el dócil vulgo  
emplea tu elocuencia y valimiento:  
da, promete, amenaza...

#### MENDOZA

Todo en vano.  
La esposa de Padilla, mis consejos  
no escucha, sólo atenta a su venganza.

#### LASO

Sálvala, a pesar suyo; aparta al pueblo  
de tal vil sumisión; déjenla sola,  
la verás desfallecer. —Te ofrezco  
interceder por ella, disculparla,  
redimirla de afrenta; y que serenos  
goce en su patria sus futuros días...  
¿Exiges más de mí? ¿No la aborrezco,  
y la salvo por ti? ¿No salvo al hijo?...

#### MENDOZA

Tuyo soy... Laso, tuyo...

#### LASO.

(Abrazándole.)  
Contra el seno

estrecha, estrecha a tu mejor amigo;  
mañana, al abrazarnos, ya más quieto  
latirá el corazón, ahora turbado.



## ESCENA III

MENDOZA, LASO, ÁVALOS

ÁVALOS

¿Cómo aquí tan lejanos os encuentro  
del bullicio y clamor en que ahora hierve  
la ciudad toda?... Aun más terrible riesgo  
que las contrarias armas nos amaga:  
acaba de llegar un mensajero  
del enemigo campo...

MENDOZA

¿Y qué nos trae?

### ÁVALOS

O paz o destrucción; pero temiendo  
nuestra elección heroica, nos envían  
por mensajero...

### LASO

¿A quién?

### ÁVALOS

A quien Toledo  
no puede ver sin lágrimas y pena;  
a quien más puede cautivar su afecto,  
y hacer que se desplome su constancia:  
al padre de Padilla.

### LASO

¿Será cierto?

### MENDOZA

¡El padre de Padilla!

### ÁVALOS

Hacia este alcázar  
sus tardos pasos viene dirigiendo,  
seguido de una inmensa muchedumbre;  
cércale en torno nobles y plebeyos,  
mujeres, niños, jóvenes y ancianos;  
y arrasados en lágrimas, volviendo

acá y allá los ojos con ternura,  
¡hijos! ¡Hijos! va el triste repitiendo.  
Hablar anhela el infelice padre  
a su nuera infeliz, antes que el pueblo  
y la junta le escuchen.

#### LASO

Pues ya cerca  
las voces nos le anuncian y el estruendo,  
avisad a la mísera Viuda,  
(A Mendoza.)  
y a recibirle vamos.  
(A Ávalos.)

#### ÁVALOS

Vamos luego.

FIN DEL ACTO PRIMERO



## ACTO SEGUNDO



## ESCENA PRIMERA

LASO, LÓPEZ, ÁVALOS

LÓPEZ

Amigos, sostenedme: apenas puedo,  
combatido de afectos tan contrarios,  
mover la débil planta... Mil memorias  
del hijo que perdiera, el triste cuadro  
que me ofrece Toledo, sus horrores,  
su ruina y orfandad, a cada paso  
mi pie detienen. —Con la faz llorosa,  
quién me anuncia la muerte del hermano,  
quién la del padre o la de caros hijos,  
a guerra tan cruel sacrificados.

ÁVALOS

¡Dichosos, pues murieron por la patria!  
Libres vivieron, libres espiraron.

LÓPEZ

¡Dichosos!... sí; no vieron a sus hijos  
perecer con infamia en un cadalso,  
cual yo, mísero padre...

ÁVALOS

Ni la ruina  
de la vencida patria presenciaron,  
ni su vil servidumbre, ni el orgullo  
de su fiero opresor.

LÓPEZ

Hernando, Hernando,  
¿aun no está satisfecha tu venganza  
con tanta asolación, con tanto estrago?

ÁVALOS

Mi venganza lo está, mas no la patria.

## ESCENA II

LASO, LÓPEZ, ÁVALOS, VIUDA, su HIJO, MENDOZA

VIUDA

Señor...

LÓPEZ

¡Hija!... mi pecho conturbado  
Palpita al pronunciar tan dulce nombre...  
¡Hija!... ¡nieta del alma!... objetos caros  
A Padilla infeliz... una y mil veces  
Dejadme que os estreche entre mis brazos...  
¿Mas qué miro?... ¿Rehúsas abrazarme?  
¿Desdeñas mis afectos?

## VIUDA

Agraviaros

No debe la esquivez, que me es tan propia:

acostumbrada a padecer tan largo,  
casi insensible a fuerza de desdichas,  
los tiernos sentimientos he olvidado.

Los olvidé por siempre: inmóvil, yerta,  
sin aliviar mi pena con el llanto,  
con quejas ni suspiros, cual estatua,  
escuché de mi esposo el fin aciago.

Desde entonces mi pecho empedernido,  
sólo abierto al furor, ha desterrado  
cuantos afectos gratos y suaves  
templar pudieran mi dolor amargo:  
la amistad, el amor, la piedad santa,  
la ternura materna... Hijo adorado,  
si nunca ves mi rostro cariñoso,  
culpa, culpa tan sólo a los malvados  
que asesinaron a tu padre. ¡Impíos!  
¡Hasta el ser tierna madre me vedaron!

## LÓPEZ

Lo serás, hija mía... ya el momento  
de acallar las pasiones es llegado,  
y de escuchar a la razón. —Unidos,  
las pasadas desgracias olvidando,  
gozaremos de paz...

VIUDA

¿Qué decís? ¿Ceden,  
desisten de su empresa los contrarios?...

LÓPEZ

Con la paz brindan, y arruinar pudieran.

VIUDA

Yo desprecio su paz.

LÓPEZ

Vengarse airados,  
les fuera fácil...

VIUDA

Vénguense: ¿qué esperan?

LÓPEZ

Esperan evitar el fiero estrago  
de este pueblo infeliz. —Tantas familias  
huérfanas ya... los muros arruinados...  
Sin vida los caudillos más valientes...  
Los tristes moradores empuñando,  
con flaca diestra, las cansadas armas,  
y ya los vencedores amagando  
con el próximo asalto... ¡Oh, Dios piadoso,  
aleja de mí patria tantos daños!...  
laso, amigos, dejad unos momentos,

dejad llorar a un padre desgraciado,  
solo, en presencia de sus hijos...

## ESCENA III

LÓPEZ, VIUDA y su HIJO

LÓPEZ

Libres  
de testigos inútiles, más franco  
seré contigo; escucha tú más dócil:  
escúchame, hija mía..., y no perdamos  
en recíprocas quejas importunas,  
tan preciosos instantes. —Si engañado  
o prudente seguí las reales armas,  
lo decidió el suceso; y es en vano  
ventilar sí fue justa vuestra causa,  
pues que la suerte ya la ha condenado.

Quizá fue disculpable, y aun plausible,  
vuestro primer ardor; pero dos años  
de combates, de incendios y exterminio,  
bastan para escarmiento y desengaño.  
Lidiar sin esperanzas, arruinarse  
y no salvar la patria, temerarios  
del cielo resistirse a los decretos,  
no es fortaleza, es frenesí.

#### VIUDA

Juramos  
Ser libres o morir; y el cielo mismo,  
Que dio el injusto triunfo a los tiranos,  
nuestro voto aceptó: pues que nos veda  
el ser libres, nos manda que muramos.

#### LÓPEZ

Ten el labio; no insultes imprudente  
al cielo con tus voces: irritado  
de tanta y tanta sangre derramada,  
sólo la paz prescribe, que entre hermanos  
jamás debió romperse.

#### VIUDA

No lo eran  
los que a la patria mísera cargaron  
de cadenas; sus crudos enemigos  
llámense, y no sus hijos... ¡Castellanos  
y ansiar la esclavitud!... No, no lo eran.

## LÓPEZ

Cuando yerma la patria y desangrado  
el reino en ocho siglos de combates,  
apenas respiraban del insano  
yugo agareno, ¿entonces más furiosos  
contra nosotros mismos desnudamos  
el acero homicida, de la patria  
el afligido seno destrozando?...  
Duélete de su mal, y no redoblen  
sus mismos hijos su mortal quebranto:  
duélete, que harta sangre, hartos horrores  
le costó sacudir el yugo extraño.

## VIUDA

¿Y el propio ha de sufrir?... Por ocho siglos  
decís que nuestros padres batallaron  
por rescatar la patria; ¿y ahora, esclava,  
entregada a merced de los tiranos,  
la dejarán sus vergonzosos nietos?

## LÓPEZ

No te atormente ese recelo vano  
de ver morir la libertad querida;  
mas si su triste fin fuera llegado,  
¿lo evitará Toledo con su ruina?...  
Sé cuerda, sé prudente: atropellando  
la autoridad del César victorioso,  
provocando su cólera, insensatos,  
mal vuestra causa defendéis. Vencida

cayó la patria; y sólo ya de Carlos  
pende su libertad o sus cadenas;  
si blasonáis de libres castellanos,  
buscad en la clemencia del Monarca  
lo que hallar no pudisteis batallando:  
con sumisión, con súplicas y ruegos,  
quizá... tal vez...

#### VIUDA

Seguid; más vuestro labio  
se niega a proferir falsas promesas:  
hacéis bien; la honradez de castellano  
no debéis desmentir, ni en tanta cuita  
con fingidos consuelos insultarnos.  
A fondo conocemos la clemencia  
del vencedor, y cuanto con el llanto  
alcanzan de sus reyes las naciones,  
cuando yacen sus fueros sepultados.  
Lo sabemos; por tanto, arrepentidos  
de inútil lloro y de clamores vanos,  
por defender las moribundas leyes,  
a las inciertas armas apelamos.  
La fuerza, sí, la fuerza es el escudo  
contra la atroz violencia.

#### LÓPEZ

Afable, humano,  
¿No oyó Carlos las quejas y amenazas  
de la altiva Castilla, confiando

en su antigua lealtad? ¿Con mil insultos,  
con muertes de inocentes ciudadanos,  
con la inquietud del alterado reino,  
no se vio a la contienda provocado?  
Si recurrió a la fuerza, ya imprudentes  
armábanse los pueblos rebelados...

VIUDA

¡Nunca es rebelde una nación entera!

LÓPEZ

Lo fue España...

VIUDA

Lo fueron sus tiranos.

LÓPEZ

España juró a Carlos obediencia...

VIUDA

¿Y él nada nos juró?

LÓPEZ.

(Después de una breve pausa.)  
Dócil, sin años,  
Falto de previsión y de experiencia,  
por consejeros pérfidos guiado...  
¿Aun queréis más disculpas?

VIUDA  
Más justicia.

LÓPEZ  
El os la hará. —Piadoso, el desacato  
olvidará de su nación querida;  
volverá a vuestro seno, ya adornado  
con la imperial corona de Alemania;  
escuchará las quejas, los agravios  
de sus pueblos, cual padre bondadoso;  
perdón, mercedes, gracias...

VIUDA  
Anhelamos  
recobrar nuestros fueros, no sus gracias...

LÓPEZ  
Fiel guardará las leyes...

VIUDA  
¡Qué engañado  
vivís, señor!... Humilde, sometida,  
adoraba Castilla sus mandatos,  
y el Monarca las leyes insultaba,  
en su poder inmenso confiado.  
Resistimos, lidiamos, nos vencieron;  
¿y ahora será más justo?... ¡Sus agravios  
nunca perdona el déspota que triunfa!

Padilla, Pimentel, y Maldonado,  
y Bravo, y otras víctimas ilustres  
en el suplicio atroz lo están mostrando.

### LÓPEZ

No te complazcas en doblar mis penas  
recordándome al hijo: bien grabado  
tengo en el pecho su fatal destino.  
Pero, pues ya no existe, los conatos  
(como obsequio más grato a su memoria)  
a este inocente niño dirijamos.  
En él nuestra gloriosa y noble estirpe,  
en él la imagen de su padre amado,  
nuestra esperanza y único consuelo  
debemos conservar. —Si pide en vano  
su salvación la mísera Toledo;  
si el clamor no te mueve ni los llantos  
de tantos infelices, que ya sienten  
de la próxima muerte el crudo amago;  
si el existir te enoja... ablande al menos  
tu duro corazón desapiadado  
este inocente huérfano... Afligido,  
fijos en ti sus ojos, estrechando  
tu mano con sus manos cariñosas,  
parece te suplica el desgraciado  
que preserves su vida... ¿Y quién guardarla,  
quién podrá serle escudo en el estrago,  
en el incendio y ruina de Toledo?  
Entre el confuso horror, cuando mezclados

caigan los vencedores y vencidos;  
cuando ardiendo los techos, desplomados  
sepulten mil víctimas, entonces  
querrás salvarle, y lo querrás en vano;  
entre escombros y ruinas confundido,  
oirás su débil voz, a ti clamando  
que por piedad la muerte le apresures...  
Por siempre en tus oídos con espanto  
resonarán sus últimos acentos,  
por siempre los derechos ultrajados  
de madre vengará naturaleza,  
tu endurecido seno atormentando.  
Madre desventurada... no a tu orgullo  
sacrifiques deberes tan sagrados;  
¡salva al hijo infeliz: sálvale o tiembla!

#### VIUDA

¿A qué guardar su vida?... ¿A qué postrado  
la pida por merced a los verdugos  
de su mísero padre? ¿A qué heredando  
la infamia con que manchan su memoria,  
miserable, proscrito, en reino extraño  
un asilo mendigue con su madre?...  
Y aun menos infeliz, que si inhumanos  
le obligan a pisar el triste suelo,  
con la paterna sangre mancillado.  
¡Cuánto penara entonces! Abatido,  
su nombre con vergüenza pronunciando,

quizá oyera decir el inocente,  
al pasar junto a indignos castellanos:  
«el hijo, el hijo del traidor Padilla...»  
¡Traidor!... Mienten los viles que fallaron  
su injusta muerte... mienten sus verdugos...  
Sus asesinos mienten...

LÓPEZ

¡Qué inflamado  
tu rostro centellea! Calma, calma  
tan ciego frenesí.

VIUDA

¡Traidor llamaron  
al mejor caballero de Castilla!...

LÓPEZ

Culpa fue del destino, injusto y vario:  
por héroe le aclamaran si venciera;  
y vencido, traidor le apellidaron.

VIUDA

¡Traidor mi esposo!... Tan horrendo nombre  
no sonará en mi oído... ¡Esposo amado!  
Lo juro por tu sangre derramada  
de Villalar en los funestos campos;  
¡lo juro por la sangre que vertieras  
en el suplicio atroz! —Hijo... muramos;

que ya tu padre nos mostró el sendero  
que debemos seguir, y salpicado  
nos le dejó con sangre... ¡Antes la muerte,  
que ver a sus verdugos inhumanos!

LÓPEZ

¿Matas al hijo por vengar al padre?

VIUDA

Juntos pereceremos por vengarlo.

LÓPEZ

Mujer cruel... tú sola, tú el verdugo  
eres de mi familia; tú al cadalso  
llevaste al hijo, por orgullo ciego;  
y por ciega venganza al nieto amado  
condenas a morir. —Tiembla, que impune  
no dejarán los cielos sacrosantos  
tan bárbara crueldad; tiembla, que nunca  
los clamores de un padre desdichado  
el cielo desoyó... ¡Su justa ira,  
yo su venganza imploro!

## ESCENA IV

VIUDA, LÓPEZ, MENDOZA

MENDOZA

Convocados  
a este alcázar los miembros de la Junta  
ya llegan; y a las puertas agolpado  
el pueblo todo, entre mortales dudas  
y de opuestas pasiones agitado,  
la decisión espera de su suerte.  
Allí piden la paz; allá bramando,  
¡guerra! ¡guerra! apellidan furibundos;  
Todo es clamor, y confusión, y llantos  
de mujeres y niños, y amenazas  
de la alterada plebe... Con mostraros

quizá se aquietará; venid al punto:  
la esposa y padre de Padilla infausto  
respetará Toledo, y más tranquila  
escuchará de su destino el fallo.  
Venid, venid.

LÓPEZ

Corramos, hija mía,  
a calmar su inquietud; y piensa, en tanto,  
que quizá de tu voz pende su suerte.

VIUDA

No sé ceder.

LÓPEZ

Fuerza es ceder al hado.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

# ACTO TERCERO



## ESCENA PRIMERA

Aparecen los MIEMBROS DE LA JUNTA sentados en sus sillas. ÁVALOS de presidente. LASO a su derecha. LÓPEZ en pie con parte del PUEBLO. LA VIUDA DE PADILLA en el lado opuesto, con su HIJO, MENDOZA y otra parte del PUEBLO.

### ÁVALOS

Pueblo ilustre, corona de Castilla:  
con ruina o servidumbre os amenazan  
vuestros contrarios: ¡elegid! —Mi labio  
colorear no sabe las desgracias;  
sin temor las refiere el hombre libre,  
y un pueblo libre es digno de escucharlas.  
—Oiréis vosotros mismos las propuestas,

que con poder y a nombre del Monarca,  
os hace el sitiador; vosotros mismos  
entre el perdón y duras amenazas  
podréis optar. La Junta que elegisteis,  
y veis en vuestro seno congregada,  
su poder os devuelve, y os convida  
a decidir la suerte de la patria.  
despreciamos la vida; mas tememos  
tantas aventuras: no diga España  
que la ruina causamos de Toledo,  
por hacer más gloriosa y celebrada  
nuestra ruina. —Morir en un cadalso,  
o perecer lidiando en las murallas,  
son los solos partidos que me quedan:  
fácil es mi elección. Pero culparan  
justamente mi esfuerzo temerario,  
si al correr tras la muerte, os arrastrara  
a fenecer conmigo. —Toledanos,  
¡tremendo es este trance! Una palabra  
os arruina por siempre, o para siempre  
con vil cadena vuestros cuellos ata.  
—Esta heroica ciudad, vuestros mayores,  
los sacros votos, la adquirida fama,  
tanta sangre vertida, todo, todo  
vuestra virtud, al decidir, reclama;  
decidid: Ubres sois. —¡Habla ante el pueblo,  
oh noble mensajero! En él descansa  
su suerte; la respuesta ha de ser suya:  
suyo será el honor, suya la infamia.

## LÓPEZ

¿Que hable al pueblo mandáis?... ¿Será posible,  
que al contemplar la ruina de su patria,  
mueva la torpe lengua un triste anciano,  
por la edad agobiado y la desgracia?  
Hablen por mí las míseras viudas,  
que aquí me cercan de dolor postradas;  
hablen también los infelices padres,  
que vieron perecer en las batallas  
a sus queridos hijos, al impulso  
de español brazo, de españolas armas...  
Hablad todos por mí, pues que sois todos  
víctimas infelices de la larga  
guerra civil... ¿Quién hay de entre vosotros  
que no lamente pérdidas infaustas  
de haciendas y de amigos y de deudos,  
sacrificados a la sombra vana  
de loca libertad?... Si hay uno, acaso,  
que no se vista luto, y que llorara  
tan solamente ajenas desventuras,  
ese la voz levante, ese a las armas  
os anime, seguidle a la defensa,  
volad tras él... ¿Mas dónde, do se halla  
ese español feliz?... Sólo con llanto  
me podrá responder la triste España.  
—Dos años de destrozos y de horrores,  
muertes, asaltos, lides obstinadas,  
hambres, incendios... cuantos crudos males  
el cielo airado en su furor derrama.

todos ¡oh España! sobre ti cayeron.  
Cediste, al fin cediste... ¿Por qué causa  
sólo Toledo resistió tan ciega?...  
Toledanos, amigos, mis palabras  
no os ofendan; son hijas del afecto  
que siempre tuve a mi querida patria.  
Al ver sus muros casi destruidos,  
al mirar sus campiñas arrasadas,  
por todas partes destrucción y ruina,  
solitarias sus calles y sus plazas;  
y a vosotros, que ilesos escapasteis  
del filo agudo de las recias amias,  
arrastrando la mísera existencia,  
por el hambre cruel atormentada...  
Si a vista de tan graves infortunios  
hablase más prudente, no os amara.  
¡Ay! con dolor y llanto, en vuestro rostro  
la mortal palidez miro estampada,  
y el sello del sepulcro... ¡ay! no crueles  
queráis morir y sepultar la patria.  
La patria por mi boca os lo suplica:  
la patria moribunda y desmayada,  
al borde ya del precipicio horrendo...  
Salvadla, sí, corred... Pío el Monarca  
vuestra pasada ceguera perdona:  
con los brazos abiertos os aguarda,  
como padre a sus hijos; la clemencia  
su justo enojo y su rigor desarma.

—Pero si ciegos preferís su ira  
al perdón que os ofrece; si cerradas  
hallan las puertas sus leales tropas,  
que ya los flacos muros amenazan,  
entonces... ¡Ay de la infeliz Toledo!  
Sólo su nombre existirá mañana.

### LASO

¡No será así!... Perdona, pueblo heroico,  
si del amor llevado de mi patria  
osé el primero hablar. Yo fui el primero  
que al ver las santas leyes quebrantadas,  
imperturbable ante el excelso trono,  
reclamó noblemente su observancia.  
Desde entonces mi suerte fue la vuestra:  
nadie me ha adelantado en las batallas;  
ninguno me ha excedido en sacrificios...  
Perdonad si, al mirar que está cercana  
vuestra ruina, a ninguno ceder quise  
el placer y la gloria de estorbarla.  
—No es mengua ya el rendiros, pues en vano  
los fueros sostuvimos con las armas;  
no es mengua el procurar salvar las vidas,  
dejando salvos el honor y fama.  
Aun callaba Castilla sus agravios,  
y el acero Toledo desnudaba;  
mientras luchó Castilla, combatimos;  
cayó rendida, y con invictas almas  
por seis lunas sufrimos el asedio,

horror y muertes, hambres y batallas.  
¿Qué más, Toledo, falta a tu heroísmo?  
A tu gloria inmortal, ¿qué más le falta?  
—¿Eliges arruinarte?... Yo ante todos  
presentaré mi pecho en la muralla  
a los contrarios filos; yo el primero  
aplicaré las teas incendiarias  
a mis propios hogares, y alto ejemplo  
os daré de valor entre las llamas.  
—Pero tantos ancianos respetables,  
los tiernos hijos, las esposas caras,  
los ínclitos guerreros, todos, todos,  
sin provecho ni gloria de la patria,  
¿Habrán de perecer? ¿En nuestra sangre  
anhelamos saciar nuestra venganza?  
¡No, compatriotas, no! Lidiar debimos,  
mientras brillaba un rayo de esperanza;  
pero buscar frenéticos la muerte,  
arruinar la ciudad en que descansan  
las cenizas de padres y de hermanos,  
la que nos vio nacer, la que dio a España  
tantos héroes y triunfos... tal locura,  
tanta crueldad no cabe en vuestras almas.  
En paz dichosa del perdón gocemos,  
en paz dichosa, que las hondas llagas  
cure a la patria mísera... En nosotros  
su vista fija la infeliz España;  
y con su mudo ejemplo nos exhorta

a implorar las piedades del monarca.  
¿Las imploramos?... Sí; ya tu silencio  
¡oh noble pueblo! con señales claras  
tu prudente elección me está anunciando:  
¡feliz silencio que a mi patria salva!  
(Silencio general)

### VIUDA

¡Calla ahora, calla la inmortal Toledo!...  
(Después de una breve pausa.)  
Carlos triunfó: Castilla es ya su esclava.  
—Triunfó, mas no de mí: ceded vilmente,  
mendigad la clemencia del Monarca,  
que una débil mujer hoy con su ejemplo  
vuestra flaqueza insulta y su venganza.  
—No ofrecimos vencer, pero juramos  
perecer con denuedo en la demanda,  
o alzarnos libres: ¿lo olvidasteis?... Tiempo  
no es ya de recordar vuestra palabra:  
quien duda entre los hierros y la muerte  
no merece guardar la fe jurada.  
—Duderais, sí, duderais en buen hora,  
cuando Castilla toda vacilaba  
entre sufrir el yugo o levantarse;  
temblarais ante el trono del Monarca;  
sufrierais en silencio, como esclavos,  
si el temple de hombres libres os faltaba.  
—No entonces tanta sangre se vertiera;

no entonces adquiriríais tanta fama,  
para mancharla ahora indignamente...  
¿A qué lidiar con sin igual constancia,  
a qué, Toledo, resistir gloriosa,  
prometiéndole a la faz de toda España  
imitar (si el destino le era adverso)  
la suerte de Sagunto y de Numancia?...  
¡Ah! Toledo tan sólo lo ofrecía:  
medina lo ofrecía y realizaba.  
No vacilaron, no, sus nobles hijos  
entre la ruina y la servil infamia;  
no temblaron al ver junto a sus puertas  
ardiendo ya las enemigas hachas,  
y encenderse los techos, y arruinarse  
los ricos templos y opulentas casas:  
bienes, amigos, deudos, padres, hijos,  
Veían perecer entre las llamas...

#### VIUDA

Y entre el estruendo y los clamores  
sólo el grito escuchaban de la patria.  
—Buscad entre las ruinas, que aun humean,  
buscad esa clemencia celebrada  
del fiero vencedor: ved sus piedades,  
y rendíos después. —Pero si os falta  
hasta para rendiros fortaleza;  
si teméis que quebranten su palabra  
los contrarios, y bárbaros se venguen;

si piden una víctima... miradla,  
pronta ya a perecer por redimiros:  
cargadme de cadenas, a las plantas  
del vencedor llevadme; en mí su enojo,  
en mí podrá saciar su injusta saña.  
No dudéis que él acepte tal ofrenda:  
una débil mujer, idolatrada  
por su inocente esposo asesinado,  
a tan fieros verdugos será grata.  
—Pero más pura aún, menos culpable  
la víctima querrán... ¡Hijo del alma!  
¡Hijo del gran Padilla!... el tierno cuello  
ofrece a la cuchilla que, inhumana,  
huérfano te dejó... ¡Sus duros filos  
en ti se emboten y a Toledo salvas!

#### PUEBLO

¡Padilla!

#### VIUDA

No; no profanéis su nombre,  
al ir a demandar, cual suma gracia,  
que os concedan vivir entre cadenas;  
¡no pronuncie su nombre quien no arda  
de libertad en el furor divino!

#### PUEBLO

¡O muerte o libertad!

## VIUDA

Muerte, y no infamia.  
¡Libertad! al lidiar en los combates,  
el infeliz Padilla apellidaba;  
¡libertad! al caer lleno de heridas;  
y al cortar la cuchilla su garganta,  
de ¡Libertad! el sacrosanto nombre  
entre sus yertos labios resonaba.  
¡Imitadle! —Murió por vuestra gloria:  
o vengadle o morir: él os lo manda.

## LASO

¿Y os dejaréis llevar de un loco acento,  
por el furor dictado y la venganza?  
¡No, toledanos! que el peligro apremia,  
no es tiempo de ilusión; la muerte amaga...

## PUEBLO

¡O muerte o libertad!

## ÁVALOS

Eterna gloria  
vuestra elección magnánima os prepara:  
¡a morir o a ser libres! —Noble anciano,  
la respuesta llevad, y al escucharla,  
tiemblen los enemigos de Toledo.

LÓPEZ

¡Qué frenesí! Buen Dios, ¿me conservabas  
por tantos años la cansada vida,  
para ver el destrozo de mi patria?...  
Amigos... hijos míos... ¿no hay remedio?

ÁVALOS

La respuesta llevad.

LÓPEZ

¡Ah! cuanto tarda  
mi labio en pronunciarla, os doy de vida:  
mañana, entre el conflicto de las armas,  
mañana, en las angustias de la muerte,  
recordaréis ya tarde mis palabras!...  
Seguir no puedo... el llanto y los sollozos  
mi pecho oprimen y mi voz embargan...  
¡Adiós, patria infeliz... adiós por siempre!...



## ESCENA II

ÁVALOS, LASO, VIUDA con su HIJO, MENDOZA, MIEMBROS DE LA JUNTA, y Pueblo

ÁVALOS

EL triunfo, toledanos, os aguarda,  
apenas luzca el venidero día;  
corred a aperebiros: la constancia,  
el valor y obediencia han de salvaros,  
si el Dios de la Justicia nos ampara,  
—¡toledanos, al triunfo, a la victoria!

PUEBLO

¡A vencer o morir!

VIUDA  
Ilustre patria  
del inmortal Padilla: digna eres  
de que por ti su sangre derramara.

FIN DEL ACTO TERCERO

## ACTO CUARTO

(Es de noche: habrá una lámpara en el fondo del teatro)



## ESCENA PRIMERA

LASO, MENDOZA

LASO

¿Adónde me conduces?

MENDOZA

Ya seguro  
puedes hablar; ninguno nos acecha;  
lejos las guardias...

LASO

¡Cuál infames reos,  
a favor del horror de las tinieblas,  
con recelo y pavor han de ocultarse

los que a la patria libertar intentan!  
¡terrible situación!

#### MENDOZA

¡Ah! ¡Libertarla!...  
Voló toda esperanza lisonjera,  
voló ya de mi pecho... ¿No los viste  
encenderse en furor, rugir tremenda  
la plebe, amenazar, y el débil llanto  
trocar en grito de implacable guerra?  
¿Qué valió la razón contra el torrente  
del conmovido pueblo? La prudencia  
atribuyó a temor; en su delirio,  
con desprecio escucharon tus postreras  
voces de paz; corrieron a las armas;  
y quizá en este instante, ya...

#### LASO

Ya tiemblan  
—Mal conoces, amigo, la inconstancia  
del alterado vulgo: teme, espera;  
ya insulta, ya suplica, ya amenaza;  
un soplo enciende la terrible hoguera,  
apágala otro soplo. —¡Cuántos, cuántos,  
que cual héroes gritaban, la secreta  
voz del infame miedo obedecían!  
El puñal de la plebe los aterra  
más que el hierro enemigo; y la seducen  
y halagan sus pasiones... ¡Si los vieras,

ha pocas horas, trémulos buscarme,  
cercarme pavorosos, mil promesas  
de seguir mis consejos repetirme,  
de obedecer mi voz!...

#### MENDOZA

En vano intentan  
las vidas libertar: arrebatados  
del torbellino de la plebe ciega,  
todos, todos corremos a la muerte...

#### LASO

Esa plebe, que juzgas tan resuelta  
a perecer, en el tremendo trance  
la verás desmayar, y en la refriega  
abandonar sus jefes... Ahora mismo,  
arrepentidos ya de su fiereza,  
cercados de sus hijos, entre el llanto  
de madres y de esposas, con la horrenda  
imagen de la muerte ante sus ojos...  
Temen su ruina y el perdón anhelan.

#### MENDOZA

Una voz, una voz bastó a inflamarlos;  
una voz bastará para que vuelvan  
al antiguo furor. —El sólo nombre  
del inmortal Padilla, la presencia  
de su heroica viuda, al precipicio  
los llevará frenéticos...

LASO  
¿Y anhelas  
estorbar tantas muertes?

MENDOZA  
Con mi vida...

LASO  
¿Consentirás que impedimento sea  
una mujer a la salud de un pueblo?

MENDOZA  
Yo... si acaso pudiere...

LASO  
Un medio queda  
seguro, necesario... ¿Estás resuelto?

MENDOZA  
A todo.

LASO  
Bien: la prueba, sí, la prueba  
Al punto exijo.

MENDOZA  
¿Cuál?

LASO  
¿Dónde se halla  
Esa indócil mujer?

## MENDOZA

Detén la lengua,  
suspende, tente, Laso; no pronuncies  
tu atroz designio... Tente, o la respuesta  
mi espada te dará... Ya en este instante  
mí juramento olvido y mis promesas,  
y tu riesgo y el mío y el del pueblo...  
Sólo escucho a mi honor.

## LASO

¿Deliras?... ¿Sueñas?...  
¿O por lavar tu mancha de inconstante  
Me sonrojas con bárbaras sospechas?  
¿Qué imaginaste?... ¿Acaso que mi acero,  
terrible solamente en la pelea,  
el descuidado pecho traspasara  
de una débil mujer?... Tan baja idea  
envileció tu mente al concebirla.  
¡Yo asesino!

## MENDOZA

Perdona, tal ofensa  
no cupo en mi amistad: perdona, Laso,  
mi turbación, los males que nos cercan,  
mi afecto a esa infeliz, a su hijo tierno...  
Disculpen, caro amigo, mi imprudencia.

## LASO

Yo te disculpo, sí; pero la patria  
te acusa, te acrimina, te condena:

va a perecer, ¿y dudas?... Ya, ya cae,  
¿y no tiendes el brazo a sostenerla?...  
Ese mentido honor, esos afectos  
de que tanto blasonas, hoy debieras  
sacrificar a la salud del pueblo...  
Mas no; que el mismo afecto que profesas  
a esa infeliz familia, hoy te prescribe  
lo que la patria por mi voz te ordena.  
Todos perecen, si la patria expira;  
si ella se salva, sálvanse con ella  
amigos, deudos, todos... ¡Ay! Terrible  
urge el peligro; los instantes vuelan;  
¿y aun dudas indeciso?

MENDOZA

Con tus voces  
siento ya renacer mi fortaleza:  
a todo estoy dispuesto.

LASO

En tal conflicto,  
un medio de salvarnos sólo queda...

MENDOZA

¿Y es?...

LASO

Impedir que esa mujer altiva  
al pueblo se presente; sorprenderla

en su mismo aposento, amenazarla  
si levanta la voz; guardar las puertas...

MENDOZA

¡En mí se ha confiado, y yo la vendo!

LASO

No la vendes, la amparas, la preservas  
de inevitable ruina; breves horas  
de prisión, para siempre la libertan.

MENDOZA

Mi honor... mi fe...

LASO

Tu honor y fe te mandan  
que la salves: recuerda la promesa  
que en los brazos hiciste de Padilla,  
al ir a entrar en la fatal refriega.  
Salvar su esposa y su inocente hijo  
allí juraste; cúplelo, ¿qué esperas?  
Padilla desde el lóbrego sepulcro  
te lo prescribe; él mismo, si viviera,  
no dudaría aprisionar su esposa;  
su único medio de salvarla fuera.

MENDOZA

Sereno en el peligro, imperturbable  
en el sangriento horror de la pelea,

siempre me viste; mas ahora tiemblo...  
Y femenil pavor mis miembros hiela...  
Con la negra apariencia de alevoso,  
¿cómo osaré mostrarme en la presencia  
de esa engañada víctima?... La muerte,  
la muerte más tranquilo recibiera.

LASO

¿De una mujer ilusa y delirante  
la momentánea cólera te arredra?  
¿Al que anhela frenético su ruina  
las armas prestarás? ¿O con violencia  
le alejarás del hondo precipicio?

MENDOZA

¿He de sufrir su enojo?

LASO

Pues perezca;  
Y su aplauso obtendrás.  
(En ademán de irse.)

MENDOZA

(Deteniéndole)  
¡No! ¡viva... viva!

LASO

Cuando en el seno plácido se vea  
de su ilustre familia, cuando mire

feliz al pueblo, y la horrorosa guerra  
trocada en paz dichosa, cuando abrace  
al hijo de su amor... ¡Ah! ¡qué sincera  
será su gratitud! A ti lo debo,  
te dirá cariñosa; madre tierna  
hoy vuelvo a ser por ti; por ti respiro;  
paz y vida me diste, honor y hacienda.

#### MENDOZA

¡A salvarla, a salvarla!

#### LASO

Sí, que es muerte  
La menor dilación; cerca me esperan  
mis leales amigos, que acaudilla  
el valiente Guzmán. A tu prudencia  
y a su fiel sumisión a tus mandatos,  
el éxito confío de esta empresa;  
aguárdalos aquí, mientras yo vuelo  
adonde más importa mi presencia...  
Es necesario sorprender a un tiempo  
a Hernando y sus parciales, sin que puedan  
armarse, reunirse ni oponerse...  
Caudillos y soldados sólo esperan  
que levante la voz para seguirme;  
darles yo la señal, abrir las puertas,  
y entrar las tropas reales, será un punto...  
Calles y plazas, pórticos y almenas,

se verán de soldados guarnecidos...  
La obscuridad, el susto, la sorpresa  
el ánimo helarán de los facciosos;  
sin acuerdo, sin guía, sin defensa,  
sin distinguir amigos ni contrarios,  
¿cómo resistirán?... Adiós; se acerca  
el término feliz de tantos males...  
Tardar es crimen: vacilar, flaqueza.

## ESCENA II

MENDOZA solo

MENDOZA

El éxito corone tu esperanza;  
la fortuna te guíe... ¡Oh noche! Lleva  
contigo el duelo y el horror y el llanto;  
y el nuevo sol tranquilos ya nos vea.  
—¿Qué sordo ruido, el lúgubre silencio  
interrumpe?... ¿Qué escucho?... Alguien se acerca.



## ESCENA III

MENDOZA, VIUDA, un ESCUDERO siguiéndola

VIUDA  
(Al escudero)  
Premiaré tu favor, aunque tardío;  
retírate; ¡secreto!... y nada temas.



## ESCENA IV

MENDOZA, VIUDA

VIUDA

¡Feliz presagio! El cielo favorable  
te presenta a mi vista... Arde encubierta  
atroz conjuración, y ya amenaza  
próxima a reventar... Ve, corre, vuela,  
alarma al pueblo, anima a los valientes...  
Si el débil sexo combatir me veda,  
yo alentaré a los míos; yo a tu lado  
sabré triunfar o perecer... ¡Perezcan  
los pérfidos traidores! ¿Quieres sangre?  
Su sangre correrá. —Báñese en ella  
el pueblo, y más feroz y más terrible

se arrojará a la lid... ¡Ni paz, ni tregua,  
ni perdón, ni piedad: o triunfo o muerte!  
¿Mas qué advierto?... ¿Vacilas? ¿Te amedrentas?  
¿Dudas?... ¡Ah! con razón: el artificio  
desconociendo y la perfidia horrenda,  
imposible imaginas que cupiese  
en castellanos pechos tal bajeza.  
¡Cómo te engaña tu honradez! No dudes;  
mil cobardes traidores nos rodean;  
en ti sólo confío...

#### MENDOZA

(Con voz baja)  
¿Dónde, dónde  
me esconderé?

#### VIUDA

¿Qué dices?... ¿Débil tiembles  
cuando esgrimir debieras el acero?  
¿La amistad, el honor, tantas promesas  
olvidaste en un punto? ¡Ah! no es posible...  
¡Amigo de Padilla!... hoy a tu diestra  
la venganza confío de su muerte;  
hiere, mata, destruye, arruina, incendia  
cuanto se oponga a tu furor... ¡dichoso  
si el pecho infame a traspasar aciertas  
del traidor Laso, que a los viles guía!...  
¡Cómo envidio tu suerte! ¡Oh! ¡si pudiera

blandir el hierro y derramar su sangre,  
y mi rabiosa sed saciar en ella!

MENDOZA

No es traidor Laso...

VIUDA

¿No? Mi fiel García  
seducir se dejó por sus promesas;  
pero ya, arrepentido y pesaroso,  
de revelarme acaba su flaqueza.  
—Mientras dudas, los pérfidos se arman;  
quizá el alcázar con furor ya cercan;  
quizá ya rompen los robustos quicios;  
ya el puñal nos amaga...

MENDOZA

Nada temas;  
yo... tu vida aseguro...

VIUDA

¿Y mi venganza?

MENDOZA

Es tarde...

VIUDA

¡Es tarde! ¿Y clavas en la tierra  
los encendidos ojos, y enmudeces,

y tu rostro me ocultas con vergüenza?  
¡Me has vendido, cruel!...

MENDOZA

¡Ah! por salvarte.  
Mí excesiva amistad...

VIUDA

Aparta, deja...  
¡Mal haya tu amistad!

MENDOZA

El riesgo urgía;  
dudoso el pueblo, inútil la defensa,  
sin valor los soldados, Laso instaba...

VIUDA

¿Le has ofrecido, aleve, mi cabeza?

MENDOZA

Le exigí tu perdón.

VIUDA

¿Qué prometiste?

MENDOZA

Impedir que tu inútil resistencia  
te llevase al patíbulo; estorbarte

que animases al pueblo a la defensa,  
y al pueblo, a ti y al hijo sepultaras...

VIUDA

Si cumplirlo creíste, tu flaqueza  
consultaste tan sólo, no mi aliento;  
guarda, guarda a los tuyos las cadenas:  
dignos sois del perdón.  
(En ademán de irse.)

MENDOZA

(Deteniéndola)  
¿Adónde, adónde  
los pasos dirigís?

VIUDA

Adonde muera,  
o satisfecha deje mi venganza.

MENDOZA

¡Piedad, piedad de vos!

VIUDA

¡Ah! cesa, cesa  
de insultarme con voces engañosas;  
no he menester alevos que me vendan:  
valientes necesito, y vengadores  
del caro esposo y de la patria opresa.

### MENDOZA

Si con toda mi sangre borrar puedo  
la falta de un momento de flaqueza...  
Si alcanza a disculpar la amistad pía  
el crimen que ella misma produjera...  
Si demasiado amor a vuestro hijo  
fuere delito que perdón merezca,  
¡perdonadme, señora, perdonadme!

### VIUDA

Quien mi perdón y amistad desea,  
no gime, no se abate, no suplica:  
si espada tiene y valerosa diestra,  
en el vil corazón de los traidores  
allí busca el perdón.

### MENDOZA

Si no expusiera  
más que mi vida, al punto le alcanzara;  
pero un pueblo infeliz...

### VIUDA

Lava tu afrenta  
en la enemiga sangre.

### MENDOZA

En vano... en vano...

### VIUDA

Decís bien, es en vano: ¿quién intenta  
infundirle valor a un alevoso?...  
¡Ay de vosotros, si por vez postrera  
oye el pueblo mi voz! En vuestros pechos  
afilará su espada, y más tremenda  
será ruina y pavor a los contrarios.  
(En ademán de irse)

### MENDOZA

Los pasos suspended... Mirad que os cercan  
mil y mil riesgos; si movéis la planta,  
por doquiera un puñal, a cada huella  
hallaréis un sepulcro.

### VIUDA

Mis leales...

### MENDOZA

Su inútil amistad te es más funesta  
que el rencor enemigo; tus contrarios  
quieren salvarte; y ellos te condenan...

### VIUDA

A la gloria me guían...

### MENDOZA

A la muerte.

VIUDA

Su don les agradezco, si me vengan.

MENDOZA

Perded toda esperanza: en este instante,  
quizá ya las murallas y las puertas  
con sus armas guarnece el enemigo:  
hacia este alcázar presurosos vuelan  
los amigos de Laso...

VIUDA

Antes el pueblo  
Sabrá vuestra perfidia.

MENDOZA

Ya se acercan...

VIUDA

¡Un momento, fortuna!  
(Sale denodadamente)

MENDOZA

A tus insultos  
responderé muriendo en tu defensa.  
(Siguiéndola.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO  
(Sigue siendo de noche)



## ESCENA PRIMERA

VIUDA, entrando con precipitación y como fuera de si

VIUDA

¿Dónde os lleva el furor?... ¡Tened, impíos!...  
No me siguen... ¡Oh Dios! Mas el estruendo  
crece y atruena... los alevos triunfan,  
y sorprendido el valeroso pueblo,  
víctima cae de la atroz perfidia.  
Si algún medio quedara... Mas desierto  
está el alcázar; todos me abandonan...  
Mendoza, él solo, entre el tropel inmenso  
de conjurados, levantó en mi apoyo  
su voz... fue en vano: en el tumulto envuelto,

cercado de puñales y asesinos,  
yo vi brillar su irresistible acero  
y abrirme senda... en vano: entre el tumulto  
desapareció a mi vista... quizá ciegos  
le dieron atroz muerte... ¡Ah! ¡Los cobardes  
ni aun este último bien me concedieron!  
Con bárbara piedad mis amenazas,  
mis quejas, mis insultos desoyendo,  
de mí alejaban los agudos filos...  
La cadena cruel sobre mi cuello  
vi ya pendiente, y la apiñada turba,  
formando en derredor un muro espeso,  
cerrarme el paso... ¡Oh noche! a tus tinieblas  
debo mi fuga y libertad. —Si el pueblo  
aun pudiera escucharme... Mas en vano  
con tan grata ilusión me lisonjeo:  
ya se acercan los bárbaros verdugos;  
ya escucho su clamor; ya, ya los veo  
arrastrarme al cadalso... ¡Amado esposo!  
Te sigo, al fin te sigo; el mismo hierro  
que te arrancó de mis amantes brazos  
va a unirme a ti... ¡Dichosa!... ¡Ay! por mis miembros  
corre un sudor de muerte... pavoroso  
se estrecha el corazón dentro del pecho,  
y hiélase mi sangre... Ante el suplicio  
quizá me falte el desigual aliento...  
Quizá mi lengua con inciertas voces  
implore el vil perdón... ¡Sagrados cielos,

concededme morir cual digna esposa  
del heroico Padilla! ¡Único premio  
a tanto sacrificio, os lo demanda  
esta inocente víctima! —Mi esfuerzo  
siento ya renacer: ¡venid, crueles,  
preparad los más bárbaros tormentos:  
yo ante vosotros correré al suplicio;  
yo en el cadalso con tremendo acento  
haré temblar tiranos y verdugos!



## ESCENA II

VIUDA, MENDOZA

VIUDA

¿Aun vives?

MENDOZA

Por mi mal; el hado adverso

Me ha negado aplacarte con mi sangre.

VIUDA

¡Amigo, fiel amigo!...

MENDOZA

Bien merezco

Tan grato nombre oír; tú, tú me viste

alzar la voz en el tumulto horrendo,  
arrollar el tropel de conjurados,  
y tus pasos guiar... ¡Cuál mi tormento,  
cuál creció mi furor, cuando impelido  
de tanta multitud corro y te pierdo,  
y grito, y no respondes, y me arrojé  
a la cerrada turba, la penetro,  
te busco por do quier y no te hallo!...  
Ciego, desesperado, apeteciendo  
hallar la muerte, ¡ah, pérfidos traidores!  
Grito con ronca voz, y revolviendo  
acá y allá la centellante espada,  
acometo a los viles, que dispersos  
sálvanse apenas con la presta fuga...  
Al confuso clamor, al ronco estruendo  
de las armas, acuden conjurados,  
crece su bando, dóblase su aliento,  
me cercan, me amenazan... los insulto,  
resisto... inútilmente: el fuerte acero  
salta roto a los golpes, y no alcanza  
a sostenerme mi rendido esfuerzo.  
Desarmarme, caer y abalanzarse  
la turba sobre mí, fue en un momento;  
¡muera! sonó en mil labios; mil puñales  
vi amenazar mi inalterable pecho.  
—Cierta era ya mi muerte, cuando llega  
el caudillo Guzmán, oye mi acento,  
reconoce a su amigo, habla, intercede,

en sus brazos me ampara, y dividiendo  
el confuso tropel, me restituye  
la vida y libertad. —¡Oh! ¡cuán funesto  
me pareció su don en aquel punto!...  
Aun mal seguro, de tu suerte incierto,  
ansioso de salvarte, horrorizado  
al contemplar el inminente riesgo  
de la patria, discurro por las calles,  
perdida la razón, con mil afectos  
el corazón turbado... Al tiempo mismo,  
los conjurados, cual torrente inmenso,  
la ciudad inundaban; a sus voces  
con ronco estruendo retumbaba el viento,  
y un lúgubre silencio sucedía,  
redoblando el horror. —Yo los vi ciegos  
correr calles y plazas, y furiosos,  
las antorchas, frenéticos, blandiendo,  
amenazar incendio, y muerte, y ruina...  
Confuso, sorprendido el triste pueblo,  
¿qué pudo hacer en tan fatal conflicto?  
Callar, temblar, ceder...

#### VIUDA

¿No queda medio  
de salvarnos?

#### MENDOZA

Ninguno.

VIUDA  
¿Ni la fuga?

MENDOZA  
Cercado está el alcázar; por momentos  
llegarán los contrarios... Su venida  
en dura incertidumbre ansia Toledo,  
por evitar los bárbaros horrores  
del popular tumulto; entre ambos riesgos  
el yugo elige por gozar reposo.

VIUDA  
¡El yugo elige!

MENDOZA  
A tan fatal extremo  
La redujo el destino.

VIUDA  
Yo, más fuerte,  
de mi destino triunfaré.

MENDOZA  
No es tiempo...

VIUDA  
¿Tienes valor?

MENDOZA

Lo sabes.

VIUDA

¿Mis mandatos  
juras obedecer?

MENDOZA

A tu precepto  
sabré morir.

VIUDA

Más duro sacrificio  
voy a exigir de tu amistad.

MENDOZA

Mi esfuerzo...

VIUDA

Quizá no baste a tan terrible prueba...

MENDOZA

Bastará.

VIUDA

Hiere, pues. —Hiere mi pecho,  
líbrame del cadalso y de la infamia;  
¡grata será la muerte que deseo,

si de tu amiga mano la recibo!...  
Mas presenciar el bárbaro contento  
del vencedor, y ver a sus verdugos  
ligar mis brazos con pesados hierros,  
conducirme al suplicio entre los ayes  
del pueblo amedrentado... ¡Ah! los perversos  
le vedarán hasta el llorar mi muerte;  
y a la crueldad uniendo el menosprecio,  
«¡ved vuestro triunfo!» gritarán feroces,  
al presentarle mi cadáver yerto...  
¡Ay, caro amigo!... a tan tremenda imagen  
la voz me falta y ríndese mi aliento...  
Si a compasión te mueven mis desgracias,  
líbrame de tan bárbaros tormentos.

#### MENDOZA

Templad vuestro dolor...

#### VIUDA

Sé compasivo:  
¡hiéreme, por piedad!

#### MENDOZA

¡Hasta qué exceso  
os lleva la pasión! —Acostumbrada  
a sufrir el rigor del hado adverso,  
quizá juzgáis mayores vuestros males  
cuando van a finar.

VIUDA

Sólo hay un medio  
de que acaben... la muerte.

MENDOZA

Vos, vos misma  
redobláis vuestro amargo sentimiento,  
imaginando riesgos que no existen;  
amigos y contrarios sus esfuerzos  
unen para salvaros; con clemencia  
os brinda el vencedor; y Laso mismo...

VIUDA

¡Confías en tiranos y alevosos!

MENDOZA

En su interés, no en su virtud. —Completo  
ven ya su triunfo, y afianzado el trono  
que alzó en Castilla el despotismo fiero...  
¿Qué les valiera derramar más sangre?  
¿A qué un nuevo delito sin provecho?  
Vivid, vivid segura...

VIUDA

¿Con infamia?

MENDOZA

En dulce paz, que por tan largo tiempo  
huyó de vuestro seno.

VIUDA

¡Yo rendida  
ante los pies del vencedor, pidiendo  
besar la torpe mano salpicada  
con sangre de mi esposo!... ¡Antes los cielos  
castiguen mi perjurio con sus rayos!  
¡Antes morir mil veces!

MENDOZA

¡Tal acento  
en boca de una madre!

VIUDA

De la esposa  
Del inmortal Padilla.

MENDOZA

Los afectos  
que natura os inspira...

VIUDA

Mi promesa...

MENDOZA

Olvidad vuestro horrible juramento:  
Recordad que sois madre...

VIUDA

Sí...

MENDOZA

¡Sois madre!  
Huérfano, solo, abandonado...

VIUDA

¡Oh cielos!

MENDOZA

Con vuestra muerte, el inocente hijo  
al insulto y furor quedará expuesto.

VIUDA

El inocente...

MENDOZA

Entre el común conflicto,  
sólo él disfruta de apacible sueño;  
allá reposa, ajeno de sus males...  
¡Cuál fuera su dolor y desaliento,  
si al despertar, buscando las caricias  
de tierna madre, hallara el triste lecho  
de sañudos semblantes rodeado!

VIUDA

¡Hijo de mis entrañas!... Heredero  
de la funesta gloria de sus padres,  
¡sé más feliz que entrambos!... ¡Ah! no puedo  
imitar la constante fortaleza

del glorioso Padilla... El, resistiendo  
al paternal amor con alma heroica,  
por no abatir el indomable cuello,  
dejaba al hijo en luto y desamparo...

#### MENDOZA

¡No!... Le dejaba en el materno seno:  
le dejaba en tus brazos amorosos;  
tu pecho, escudo a su sencillo pecho  
era; tu vida, amparo de la suya...  
Pero sin ti...

#### VIUDA

¡Infeliz!... ¡Ni aun el consuelo  
de recibir mi postrimer abrazo!...

#### MENDOZA

¿Qué pronuncias?... Mas en tus ojos veo  
brotar, a pesar tuyo, el tierno lloro:  
triunfa naturaleza... A sus preceptos  
¿cómo una madre resistir pudiera?

#### VIUDA

Triunfa, sí, triunfa; y el fatal secreto  
de mi flaqueza arranca... ¡Ay! no publiques  
de una mísera madre el desconsuelo;  
oculta mis temores, mis angustias;  
guarda ilesa mi fama...

## MENDOZA

Te prometo  
guardar tu honor y vida...

## VIUDA

La de un hijo  
encargo a tu cuidado... ¡Último obsequio  
que puede hacerte mi amistad! Defiende  
su débil existir... graba en su pecho  
el amor a sus padres, la memoria  
de su gloriosa muerte, y odio eterno  
a los viles tiranos!... ¡Teman, temen  
que preserve su vida el justo cielo,  
para vengar a la oprimida patria!

## MENDOZA

¿Qué delirio os perturba? ¿Y eran estos  
los tiernos sentimientos que anunciaba  
vuestro lloro? ¡Insensato! ¿A qué pretendo  
aconsejar a quien mi voz no escucha?  
Con dura voz e irresistible acento  
convencerá vuestra tenaz porfía...

## VIUDA

¿Quién?

## MENDOZA

La necesidad. —El yugo es cierto;  
inútil el furor... Venganza, fuga,  
hasta la muerte es imposible.

VIUDA

¡El cielo  
nunca niega ese arbitrio al desgraciado!

MENDOZA

Esta vez lo negó. —Suenan el estruendo;  
amigos y enemigos a porfía  
vuelan para salvaros...  
(Suenan a lo lejos el estruendo de los conjurados.)

VIUDA

Ya te veo,  
terrible Sombra, alzarte amenazando,  
y señalarme el desangrado cuello  
y las hondas heridas... Ya te escucho  
recordarme el tremendo juramento...  
¡Antes muerta que esclava! Vuelve, vuelve  
al sepulcro tranquila... Te obedezco.

MENDOZA

¡Qué ciego frenesí!

VIUDA

¡Querido esposo!  
(Crece cada vez más el estruendo y la confusión.)

PUEBLO Y CONJURADOS

(Desde adentro.)  
¡Perdón! ¡perdón!

MENDOZA

¿Escuchas los acentos?

VIUDA

Me apresuran la muerte...

MENDOZA

Te perdonan.

VIUDA

(Dirigiéndose al tropel, que se acerca.)

¡Esclavos, que abomino y que desprecio,  
gozad vosotros del perdón infame:  
mi libertad hasta el sepulcro llevo!

(Saca prontamente un puñal, hiérese, y al caer la sostiene Mendoza; al mismo tiempo que salen precipitadamente Laso y López, seguidos de soldados del ejército real, y de un tropel de conjurados con armas y hachas encendidas.)

FIN DE LA TRAGEDIA



unas palabras sobre

J. LAURENT. Retrato fotográfico de Francisco  
Martínez de la Rosa, s.d. (Ayuntamiento de  
Madrid. Museo de Historia)



FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA  
Y *LA VIUDA DE PADILLA*

ALBERTO ROMERO FERRER

LA VIUDA DE PADILLA.

TRAGEDIA ORIGINAL

EN CINCO ACTOS,

POR

DON FRANCISCO MARTINEZ

DE LA ROSA.

Va precedida de un bosquejo de las Comunidades de Castilla.



MADRID:

IMPRESA QUE FUÉ DE GARCÍA.

AÑO DE 1814.

Dramaturgo, poeta y político granadino de la primera mitad del siglo XIX, Francisco Martínez de la Rosa (Granada 1787-1862) es uno de los escritores más significativos del tránsito de la Ilustración al Romanticismo. Su activo pensamiento de corte liberal le llevó a la cárcel con el regreso de Fernando VII en 1814, tras la abolición de la Constitución de 1812 con el *Manifiesto de los Persas*. Poco después se exilia en París durante los años absolutistas de la Década Ominosa. De vuelta a España, con la Regencia, fue Presidente del gobierno en 1834, también fue embajador en Roma y París, además de Presidente del Consejo de Estado. Su brillante y agitada carrera política va paralela a su no menos intensa vida literaria, como poeta, ensayista y, fundamentalmente, como dramaturgo de éxito y reconocimiento, desde su segundo estreno en el Cádiz de las Cortes, cuando sube al escenario del teatro Principal su tragedia histórica *La viuda de Padilla* en 1812.

Considerado como uno de los padres del Romanticismo español, su dilatada obra literaria abarca desde el ensayo histórico político — *Hernán Pérez de Guzmán, el de las hazañas* (1834), *El espíritu del siglo* (1835), *Bosquejo de la política en España* (1853), la teoría literaria —*Poética* (1830)—, la novela histórica —*Doña Isabel de Solís, reina de Granada* (1837)— hasta la poesía lírica —*Poesías* (1833).

Pero donde destaca el autor de *La viuda de Padilla* es en los terrenos del teatro, donde consigue una de las obras más representativas e importantes del drama romántico como es el caso de *La conjuración de Venecia* (1834), que supone el pistoletazo de salida del nuevo movimiento literario, en la que se condensa la nueva doctrina literaria que implica el Romanticismo. En su trayectoria como dramaturgo también encontramos tragedias neoclásicas como la citada *La Viuda de Padilla* (1814), *Morayma* (1829) y *Edipo* (1829), comedias de claras influencias moratinianas —*¡Lo que puede un empleo!* (1812), *La niña en la casa y la madre en la máscara. Efectos del mal ejemplo y la madre descuidada* (1821), *Los celos infundados o El marido en la chimenea* (1833) y *La boda y el duelo* (1839)—, la comedia de capa y espada *El español en Venecia o La cabeza encantada* (1843), además de sus otros dramas históricos *Abén Humeya o La rebelión de los moriscos bajo Felipe II* (1830) y *Amor de padre* (1861).

En su teatro, igual que en su producción lírica, el rasgo más importante es el eclecticismo estético en el que se mueve el autor, que siempre parte de los postulados neoclásicos para poco a poco adentrarse en la plenitud romántica que se puede encontrar perfectamente asumida a partir de *La conjuración de Venecia*, un movimiento al que quedará adscrito en nuestras historias literarias, a pesar de sus orígenes neoclásicos.

## *La viuda de Padilla*

En cualquier caso, los inicios de Martínez de la Rosa en el mundo del teatro están íntimamente relacionados con el ambiente gaditano de las Cortes de 1812, pues es en este contexto cuando escribe y estrena sus dos primeras obras. Se trata de la comedia *¡Lo que puede un empleo! El egoísta, o lo que puede un empleo* y la tragedia *La viuda de Padilla*.

Martínez de la Rosa, como muchos otros hombres de su generación —Alcalá Galiano, José Joaquín de Mora, Toreno—, participaría de manera muy activa en la política de aquellos días, y precisamente por eso llega hasta Cádiz, dentro de un agitado ambiente, del que la ciudad se convierte en un emblemático símbolo de las libertades románticas y el nuevo sentimiento patriótico. Además no hay que olvidar la polémica en torno a la legitimidad del teatro durante el asedio francés, un aspecto que se debate en las Cortes y en la prensa, muy especialmente en el Semanario Patriótico, como el hecho de mantener los teatros abiertos como signo de libertad, hasta tal punto de inaugurarse un nuevo espacio —el teatro del Balón— fuera del alcance de los franceses, pues se consideraba la actividad escénica como una actividad muy necesaria al servicio de la exaltación patriótica. Como reza en la prensa de la época: «¿Qué razón de conveniencia pública puede haber para que el teatro permanezca cerrado, y el vecindario de Cádiz se vea privado de este honesto desahogo?», ya que «El patriotismo se inspira y no se enseña; es un instinto, un sentimiento, no un raciocinio: vive y se alimenta de espectáculos para la vista; de ficciones para la imaginación; de ejemplos para la memoria. ¿Dónde sino en el teatro se reúnen con más fuerza esos poderosos agentes morales?».

Todos estos factores resultaban un marco extraordinario para historias heroicas como las que se dramatizan en *La viuda de Padilla*, una tragedia prerromántica, que se estrenaría en el coliseo gaditano el miércoles, 21 de octubre de 1812, como se anuncia

en El Redactor General, algo después de su primer éxito con la comedia de tintes políticos *¡Lo que puede un empleo!*. Una obra que subiría al escenario del coliseo de la ciudad el 5 de julio de 1812, para defender a su amigo Bartolomé José Gallardo de las duras críticas que había provocado la publicación de su famoso y polémico *Diccionario crítico-burlesco*. *La viuda de Padilla* estará en cartel tres días, comparte la escena con una sinfonía de Hayden, unas boleras y la pieza cómica *El jardín divertido* del popular sartenero madrileño Ramón de la Cruz. Un año más tarde se estrena en Sevilla, durante los días 10 y 11 de diciembre de 1813. Se publicaría por primera vez en 1814, en Madrid, precedida de un *Bosquejo de las Comunidades de Castilla*. Posteriormente vuelve a editarse en Valencia en 1820, con alteraciones importantes en el texto, hasta su edición más definitiva en las *Obras literarias de Martínez de la Rosa*, publicadas en París entre 1827 y 1830. Durante los años del Trienio Liberal se convierte en una obra de repertorio. Curiosamente, la evolución del autor hacia posturas políticas mucho más moderadas es lo que explica esas modificaciones de la obra, mucho más radical y revolucionaria en el textos estrenado en Cádiz.

En esta obra, Martínez de la Rosa dramatiza, sobre las bases de la tragedia histórica, la rebelión de los comuneros de Castilla contra Carlos V —la Guerra de las Comunidades entre 1519 y 151—, que el autor propone como portavoces de las libertades de los españoles frente al poder despótico, representado por la monarquía. Tras la derrota, los cabecillas de la rebelión, Padilla, Bravo y Maldonado, son ejecutados. Las ciudades sublevadas se rinden, menos Toledo que, bajo el liderazgo de la viuda de Padilla, María Pacheco, continúa con la afrenta al rey. Estos son los momentos concretos que Martínez de la Rosa lleva a los escenarios, a través del relato en primera persona de la heroína que finalmente se autoinmola, clavándose un puñal, para no verse rendida ante los conjurados: antes muerta que renunciar a la libertad.

La elección del tema y los momentos históricos, que para muchos suponen un episodio relacionado con la tradición liberal española (para Martínez de la Rosa también) tenía que ver deliberadamente con la actualidad política y bélica de la ciudad gaditana, que al igual que los Comuneros y María Pacheco se había sublevado contra el poder intruso (Napoleón), pero también contra las despóticas formas del Antiguo Régimen (la Constitución de 1812). Ambos contextos históricos guardaban unos extraordinarios paralelismos que en modo alguno pasarán desapercibidos, pues son esas coincidencias las que motivan la escritura de la obra y su estreno.

En su estreno en el Teatro Principal de Cádiz, tuvo el aplauso unánime del público y una interesante crítica —«Examen de la tragedia, La viuda de Padilla»—, aparecida en *El Imparcial* el domingo, día 25 de octubre, que dice así:

«El teatro español, que de cuatro años a esta parte no había ofrecido a los amantes de la literatura un drama original digno de llamar su atención, acaba de resonar con una tragedia que, sean las que fueren sus imperfecciones, merece ser mirada con aprecio y juzgada con detenimiento... A la verdad la viuda está pintada con maestría. Su entusiasmo tiene toda aquella vehemencia propia de las pasiones femeniles, y el deseo de venganza anima en ella el amor a la libertad. El sentimiento que el autor se ha propuesto excitar, antes es la admiración que la compasión o el terror. Esta tragedia respira toda amor a la libertad, y bien se conoce que el autor no pierde de vista a sus contemporáneos cuando pinta a los heroicos defensores de nuestros fueros que, con más virtud que fortuna, contrastaron en el siglo XVI el poder inmenso de Carlos V. Las escenas del sitio de Toledo se escribieron en los momentos más apurados del sitio de Cádiz, cuando ocupada toda la Península solo quedaba este asilo a la libertad y la independencia de la Patria. Así el autor, acalorado por el cuadro que tenía ante sus ojos, ha vertido en su escrito los senti-

mientos que le animaban. Las doctrinas del drama son todas lecciones saludables e importantes para el pueblo, y la nobleza de los sentimientos...»

Efectivamente, para Martínez de la Rosa, el autor de *La conjuración de Venecia*, que inicia oficialmente el Romanticismo en España, *La viuda de Padilla* resultaba —a pesar de su carácter experimental y el apego a los moldes de la tragedia neoclásica— un texto fundamental para entender los cauces del teatro de aquellas fechas, pero también clave para comprender el nuevo sistema literario que se había creado al calor de la guerra y el proceso constitucional gaditano. Era un texto que podría empezar a explicarnos los cauces por los que transita la evolución de la tragedia neoclásica hacia el drama romántico. En otras palabras, *La viuda de Padilla* no es sólo una obra de juventud de Martínez de la Rosa, o un epígono del Neoclasicismo en materia teatral, es un ejemplo muy convincente de las nuevas estrategias y los nuevos usos comunicativos y propagandísticos de la literatura (y el teatro de manera muy particular), dentro de un período literario con una identidad propia, unas claves de interpretación autónomas y un sentido completamente moderno de la escena y la literatura, algo que se puede apreciar sin problemas, por ejemplo, en el nacimiento de la prensa política y satírica o de la publicística de aquellos días. Una nueva sociología literaria se había creado en torno al Cádiz de 1812 como un laboratorio de ideas donde, además de la primera Constitución española y como continuación de los procesos abiertos en plena Ilustración, se estaban cimentando, por ejemplo, otra concepción de la figura del escritor como intelectual y guía político del pueblo, el concepto de opinión pública, la nacionalización de la cultura o una nueva forma de entender el texto literario —también el texto dramático, y *La viuda de Padilla* es eso—, como un texto público y político, una concepción en la que nuestros hombres del Doce «se hicieron literatos para ser políticos», conformando toda esa rica generación de escritores uno de los momentos más

brillantes de la cultura española y un punto de inflexión de la trayectoria intelectual que desde Jovellanos llega hasta Manuel Azaña, a pesar de los retrocesos involucionistas que sacuden la historia contemporánea de España.

Dentro de esta ideologizada lectura sobre la trayectoria del teatro español, donde se van consolidando los rasgos fundamentales del gran drama romántico, no podíamos olvidar otros datos importantes como, por ejemplo, el estreno gaditano de 1831 del *Abén Humeya* de Martínez de la Rosa, un año después de su estreno parisino en 1830. Lo mismo que el polémico estreno, también en Cádiz, de *La conjuración de Venecia* en 1832 antes de la muerte de Fernando VII, bajo el título menos comprometido de *El carnaval de Venecia* del año 1310, cuyas reseñas aparecidas en la *Revista Española* (8-XII-1832) ya subrayan su fuerte carácter político y que anticipan el clima de libertad política que presidirá su estreno madrileño de 1834 y el inicio oficial del Romanticismo en España. Con todo, Francisco Martínez de la Rosa y *La viuda de Padilla*, es un peldaño importante de este complejo diálogo entre la escena y su fuerte condición política, cuyas bases había sentado el debate teatral de la Ilustración, y que depositaría en el arte de Talía y Melpómene los discursos enfrentados de una España a caballo entre la mirada recalcitrante hacia el pasado y otra mirada más comprometida con la Modernidad y sus formas de gobierno. El Romanticismo, en buena parte, era también resultado de todo ello y el teatro una de sus grande escaparates publicitarios.

Por todo, el texto teatral se convertía en un intérprete y en un protagonista, según los casos y las circunstancias, de la vida política del país al testimoniar como parte activa del discurso la fuerza de los sectores ideológicos en contienda. No eran, pues, meros reflejos más o menos engañosos de una cierta situación política, sino que por el contrario formaban parte de esa misma realidad objetiva al tratarse de construcciones culturales realizadas por los protagonistas del discurso —autores, actores, locutores



Eniterro de Martínez de la Rosa por Carrera de San Jerónimo, Madrid, 1862.(Ayuntamiento de Madrid. Museo de Historia)

de aquel tiempo— que, a través de sus respectivas obras, daban sentido a su acción y construían su propia forma de entender e interpretar unos hechos de los que formaban parte como protagonistas de primera línea. Se trataba, pues, de un problema que además, en el caso del teatro, adquiriría una dimensión mucho más práctica debido a su utilización doctrinal y propagandística por parte de aquellos mismos interlocutores, por eso en el estreno gaditano de *La viuda de Padilla*, cuando se presentó en la escena el actor Carretero, recién salido de la cárcel, el público lo recibiría con «aplausos extraordinarios, notándose que nos veces se repitieron al ver que se intentaba acallarlos».

Así, desde esta perspectiva, el género dramático, tal vez de manera mucho más evidente, daba cuenta de las múltiples conexiones entre literatura y política, al entenderse el ejercicio teatral como ejercicio público, sometido ahora a las fuertes directrices morales del credo cívico de raíz ilustrada que transforma para siempre la concepción de la escena. Una parte muy importante del teatro de estos años era prueba de todo ello, en fuerte contraste con las otras funciones más tradicionales de la escena, que también durante estos años van a sufrir cambios de cierta envergadura. Con todo, la polarización de la vida política tras la llegada de Fernando VII y los trastornos posteriores alterarán para siempre la condición del género dramático, al otorgarle la posibilidad —incluso desde la negación— de la lectura política explícita, un fenómeno que debido al peso de la censura se trasladará a textos y géneros aparentemente ingenuos, ajenos en principio a estas nuevas condiciones, pero que ahora se cargarán de un fuerte significado ideológico, que no pasará inadvertido a público y crítica.

El combate ilustrado de hacía unos años en torno a las nuevas formas dramáticas ha exagerado sus posturas y polarizado mucho más, si era posible, los discursos enfrentados, otorgando a la escena una capacidad de convocatoria política más allá del debate

concreto de esos años, y que lleva en muchas ocasiones a plantear su misma prohibición, como ocurre, por ejemplo, en Sevilla cuando en octubre de 1823 el Ayuntamiento pretende desterrar el teatro de la ciudad, por el destacado papel político que había jugado la escena durante los años del Trienio. Con todo, y debido a estas fuertes interrelaciones, a partir de ahora, el teatro será siempre una cuestión trascendental para la regeneración política y pública del país, porque es, precisamente por su capacidad como vehículo de formación cívica y política el elemento, si considerado más peligroso por los absolutistas pero también el más apreciado por parte de sus defensores liberales, lo que conducirá, a lo largo de todo el siglo XIX, a la continua reflexión y solicitud de su reforma, en un larga estela que, desde los *Desengaños* al teatro español de Nicolás Fernández de Moratín o la *Memoria* de Jovellanos, llegará hasta Miguel de Unamuno y su *Regeneración* del teatro español.

Galería de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2014

“ ¿Qué dices?... ¿Débil tiembles  
cuando esgrimir debieras el acero?  
¿La amistad, el honor, tantas promesas  
olvidaste en un punto? ¡Ah! no es posible...  
¡Amigo de Padilla!... hoy a tu diestra  
la venganza confío de su muerte;  
hiere, mata, destruye, arruina, incendia  
cuanto se oponga a tu furor... ¡dichoso  
si el pecho infame a traspasar aciertas  
del traidor Laso, que a los viles guía!...  
¡Cómo envidio tu suerte! ¡Oh! ¡si pudiera  
blandir el hierro y derramar su sangre,  
y mi rabiosa sed saciar en ella! ”



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

21

